

## Emilio Prados y la ausencia iluminante de lo real maravilloso

M<sup>a</sup> Ángeles Lacalle Ciordia

La antología, *Ausencia luminosa*<sup>1</sup> consta de poemas escritos por Emilio Prados entre 1923 y 1962. De ellos sólo interpretamos los poemas referidos a sus poemarios “Tiempo”, “El misterio del agua”, “Memoria de poesía” y “Cuerpo perseguido”, incluidos en dicha antología (pp. 14-90). Es una antología muy cuidada y hermosa no sólo por los dibujos y fotografías sobre Emilio Prados, sobre la Residencia de Estudiantes..., sino también por la disposición de los mismos. Los dibujos son de diferentes autores que homenajean a Prados (de Pablo Picasso, Joaquín Peinado...) así como del mismo Emilio Prados.

La antología se abre con una introducción de Patricio Hernández titulada “Emilio Prados en Peniel” y consta de varios apartados: “Cazador de Nubes” Notas autobiográficas (1899-1962), “Río Lerma, esquina Mississippi (Álbum Fotográfico y un manuscrito inédito del autor “El cuerpo en el alba””, “Emilio Prados. Jardín abierto (Citas)” y “Cronología (Málaga 1899 México 1962)”. Termina esta antología con “Notas a la edición” y “Bibliografía” a cargo de Patricio Hernández y con un emocionado “Punto Final” que José María Amado dedica a Emilio Prados.

Nuestro objetivo es interpretar y dar a conocer la realidad incondicionada que excita y anima a Prados a entrar en la espesura de su imaginación. Se sitúa en un estado de consciencia en el que quiere sacar a luz aquello que habita en su mente. En-

---

1. Edición de Patricio Hernández, publicada por la Revista *Litoral* (núms. 186-187, Málaga, 1990), fundada por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

tra en los cimientos de lo real en los que su imaginación descubre redes o caminos que fluyen en zonas inexploradas supraterráneas o subterráneas. En esta exploración de lo desconocido se multiplica el movimiento, las emociones, las sorpresas, las transformaciones o tránsitos, es decir, hay una lucha constante por vencer los límites del cuerpo o de las cosas y por alcanzar las raíces del pensamiento que revelan “lo maravilloso” al que el poeta queda magnetizado. A través de estos caminos peligrosos en los que experimenta el terror de la sombra o de “lo real maravilloso”, expresión del ser trascendente, Prados revela su visión sobre el tiempo, la soledad, el amor, la muerte, la memoria ... la poesía.

Todo ello se fragua en imágenes y símbolos poéticos que revelan la infinitud del universo poético de Prados en el que lo contradictorio –la realidad y el sueño, el pasado y el futuro, lo visible e invisible, lo comunicable y lo incommunicable, la vida y la muerte, lo elevado y lo bajo, la sombra y la luz, el dolor y el placer– deja de ser percibido como tal y en esta unidad intuitiva trasciende las propias rejas de la libertad en su marcha hacia el ser infinito presentido para encontrar lo nuevo liberando a la palabra de los hábitos y subjetividades trilladas. Con esto entra en el círculo del azar, *la luz moderna de lo insólito* como le llamó Aragon<sup>2</sup>, en el que Prados bordea los abismos ininteligibles y del que pende el milagro de lo inevitable. De este modo el poeta se convierte en un revelador, en un profeta del nuevo orden de la realidad plasmado en un nuevo lenguaje poético cada vez más desnudo dentro de la trayectoria del poeta. Se trata de un lenguaje inocente que trata de captar el absoluto y, en una postura religiosa, a Dios.

Uno de los motivos centrales que tejen estos poemas es la melancolía o el deseo de ser lo que nunca se ha sido, aunque Prados lo intuya como sido y se sienta espolado por él. Esta señal viva está impresa en la memoria. De este modo los poemas se llenan de soledad, de nostalgia, de dolor, de amor, de muerte... y los estados de ánimo del poeta los iremos describiendo al compás de los palpitos del corazón de Prados. Afloran imágenes como la tarde, el cielo, el cuerpo o la mano, la luna, el día, el barco, el agua ... y símbolos como el sueño, el mar, la noche...

En el primer poemario (*Tiempo*, 1923-1925) el poeta experimenta el tiempo, es decir, el espacio sin tiempo en el que se manifiesta la “maravilla interior”. Para llevar a cabo tal experiencia, el poeta ha eliminado la realidad aparential y ha buscado lo que está al otro lado del tiempo cronológico. Para el surrealismo la búsqueda de una realidad distinta (“suprarrealidad”) a la aparential supone la fusión del mundo exterior e interior en una realidad unitaria y absoluta. En esta unidad o centro del ser se inicia el poemario “Tiempo”. Gemma Suñé recoge este “estado de unidad” en una declaración estética de Prados<sup>3</sup>:

“*El estado de unidad*, en mí, es mi único momento inefable [...] Este momento en el que siento que ya no soy lo que era y en el cual siento, también que todavía no soy lo que voy a ser, me llena de gozo y de temor unidos. En él me abandono entero, ligándome al hacerlo, en este punto con todo lo vivo y lo que aún creo que no lo es. Lo

---

2. Morris, C.B., *El surrealismo y España (1920-1936)*, Espasa-Calpe, Madrid, 2000, p. 242.

3. “El presente infinito de Emilio Prados”, *Ínsula*, núm. 628, 1999, p. 32.

que es, lo siento en lo que otros llaman muerte, y lo que no es todavía en lo que a cada instante transformado, llaman los otros vida”.

En el primer poema (“VÍSPERA”) aparece un yo completo y eterno, con vestidura de luz y de belleza absoluta que responde al yo verdadero del poeta. Este ser verdadero está impreso en su interior (“El marinero bebe la rosa de los vientos / en cristal de bandera y luna clara”). El alma en el sueño (“el barco soñoliento”) prepara un viaje por el cielo, mientras el capitán desteje su experiencia creadora entre dos inmensidades puras de silencio. En la luz del silencio celeste, la imaginación dibuja itinerarios sobre los que juega con destinos distantes y caminos irreales.

En el exterior del barco, se ocultan sus crepúsculos “entre temor y tristeza”. Todavía las luces tiemblan y las voces, ya lejanas, enmudecen. Una luz lo inunda todo, y en el agua juega el ser y su imagen (“el pez y su imagen”) y resuena el silencio. Quedan los huecos de la ausencia en el fondo originario. En esta ausencia el movimiento unitario del centro regula la diversidad de fragmentos de eternidad y todo se acomoda a su ritmo. El movimiento inmóvil multiplica los puntos fundamentales de la totalidad y se visiona, de modo irreal, el final del viaje abierto. Toda la noche es una ruta de caminos oscuros en la que gira la luz irreal y en ella, el barco busca, con precisión, el puerto más próximo y el agua más tranquila.

La armonía de este barco primero o del yo completo es la del ser total y universal. El poeta es consciente de este yo completo en el que intenta imitar el movimiento unitario de su realidad única para que lo reintegre de nuevo en el centro porque es consciente de la doble imagen de su alma: la imagen real y la de su reflejo. En esta coordenada espacio-tiempo converge el pasado y el futuro. El pasado que ya ha sido y el futuro que está por ser. El poeta se prepara para alcanzar la unidad del ser universal y por ello se orienta hacia el alba con la inquietud sobre la incertidumbre de la luz (“¿Saldrá la luz?...”). Esta luz proviene del foco del “-¡Silencio!...”. En un primer momento, el poeta lamenta la ausencia de luz, pero al fin, la luz lo inunda todo. Prados es un “hombre nostálgico de más vida y pensamiento”<sup>4</sup> y en este deseo de crecimiento espiritual va construyendo su ser a medida que edifica su soledad.

En soledad, Prados experimenta la maravilla interior. En este sentido, la soledad es el espacio de la ausencia y de las nuevas presencias. De ahí su esperanza.

Soledad que voy siguiendo  
a través de mi esperanza,  
no de mi conocimiento.

En esta soledad, la sombra de lo que fue se abre en el crepúsculo y el poeta pide que se detenga esta luz crepuscular en la que conoce lo que habita su sombra del olvido. En ésta descubre la potencialidad total de su mundo poético. Por ello, el poeta, situado en el límite del tiempo, quiere iniciarse en la doble vía en la que navega su alma: la primera corresponde al cuerpo material del poeta que se hunde en el alma y la segunda, al pensamiento abierto y sin límites de la nada o del agua, sím-

4. *Litoral*, núms. 186-187, ●p. cit., p. 33.

bolo del ser-alma universal (“Resbala el barco en el alma / y el pensamiento en el agua”)

En esta realidad abierta, el poeta no sabe dónde se encuentra. Busca la luz que alumbre la totalidad de su sombra. No sabe si la hallará en el sueño o en el tiempo. Todavía le quedan restos del recuerdo del mundo, en concreto, de su cuerpo, porque se pregunta por los “límites de su cuerpo”. Sin embargo, sabe que vivencia la soledad, cualquiera que sea (“¿Soledad o soledad?...”): un estado con el ser o un estado de carencia o de nada. El alma se sostiene por este doble son. Por fin, en la unidad de la noche, el cielo se ilumina. Esta luz es su esperanza, de ahí la expresión esperanzada de Prados: “¡Corazón, / rema!”.

Por otro lado, el mundo está suspendido, y en la orilla del tiempo se gesta la claridad de lo eterno. El poeta se pregunta por el mundo (“Y ¿dónde el mundo?...”) porque sólo hay silencio, y en el alma queda el temblor del misterio de la sombra.

Hasta aquí, el poeta ha estado a punto de entrar en la claridad de la sombra del tiempo, de lo que fue –un cuerpo de luz– y de su misterio.

En *El misterio del agua* (1926-1927) Prados se sirve de elementos naturales como el día, el agua, la noche, la nube... para expresar su experiencia cíclica del tiempo en el que entra a contemplar las maravillas del enigma del misterio del agua.

Esta experiencia se inicia en el crepúsculo en el que se abre el cielo y el amor. El día, trasunto del poeta, se pierde, se desnuda, se deshila, huye por sombras y se evapora. El aire lo arrebató y lo hunde en el silencio de la ausencia, donde queda suspendido, “mágico e invisible”. Mientras el agua se desnuda en su sueño, y extática se hunde en ella misma para conocerse mejor: se desnuda y asciende hacia la luz, al misterio, y en el temblor se ilumina de forma oscura. En su fuga, se evapora la luz que la creaba, y vuela como un pájaro dentro sí misma, olvidada de todo y navegando por el cielo.

El día turba la belleza del crepúsculo y éste, apenado, escapa. Pero en el umbral del poniente el amor se abre y en el sueño recoge el instante suspendido del crepúsculo ardiendo. El alma lo cruza y conoce la realidad real o verdadera que cubre la sombra.

Por otro lado, el día quiere mantener su belleza frente al crepúsculo en llamas y recibe el dardo del amor. De este modo, el día pierde su luz, al derramarse por la herida que le ha dejado el dardo al clavarse (“¡Herido se levanta el día! ¡;Desnudo y desangrándose!”), y suspendido de la muerte y de la aurora camina hacia otro nuevo sacrificio presentado que experimenta y goza. De éste, el día se levanta más desnudo y con mayor deseo de desnudez (“herido y desangrándose”), de manera que se transforma en crepúsculo. Éste se busca a sí mismo y huye hacia sus adentros hasta dar con su hermosura, verdadero cuerpo, cuerpo sin piel. Sobre su cuerpo descansa y permanece como un rumor suspendido entre dos muertes. Cielo total. Su luz se halla en sombra, por esto la sombra es fuente de luz. La luz del día es la encarnación del crepúsculo o de la tarde y el pensamiento es el tiempo que sueña en la nada.

Por otro lado, el tiempo cronológico es opuesto al tiempo continuo a pesar de que subyace en él; es sangre en la misma sangre, luz en la ausencia de la luz abierta; cuerpo de la nada frente al cuerpo en el que nace hoy el tiempo, tiempo libre en el

sueño de un tiempo abierto. Según Prados, para entrar en el sueño hay que estar predispuesto, pero el tiempo entró por sí mismo en el sueño del crepúsculo y en él engendró un nuevo cuerpo del sueño: el cuerpo esencial del tiempo. El agua llama en “lo Eterno” y le descubre su misterio y al fin el pensamiento es “cuerpo y voz del Universo”. El poeta ha conseguido la unidad con el infinito o con la naturaleza.

Esta unidad de su cuerpo con el universo se oculta en la noche que quiere verse en la imagen impresa del agua. En este sentido, el agua es el espejo del cuerpo de la noche. El poeta experimenta la vida como un río cuyo misterio lo constituye el cuerpo de la noche. En éste, el agua desciende desnuda y en el camino se va desposeyendo más de sí misma hasta llegar a ser “la huella de su estancia”. Surge, de nuevo, de ella misma, más desnuda todavía (“apenas sin figura”) y ya transparente es carne de las maravillas del milagro: vuelve sobre sí la mirada, sobre sus luces y sombras para buscar mayor claridad y, así, en cada momento, estar más libre de reflejos o de imágenes. Derramando luz se hunde en la noche suspendida entre “mágicos silencios” y su cuerpo lo conforma un espejo del que huye y del que nace una imagen de ausencia como un reflejo.

La luz del mundo es un espejo que se ofrece al misterio del agua para que la noche abierta pueda verse. En él, se experimenta la imagen del cuerpo sin piel que logró burlar al tiempo y el temeroso instante, que todavía no sabe si es tiempo del sueño. La noche asciende a experimentar este instante sin saber que nace de ella misma. El agua al ocultarse encuentra al cielo en su interior y cualquier parte mínima de ella es cielo total o eternidad.

Todo es ausencia y en ella, el poeta desconoce si toda el agua que la luna refleja es la totalidad del mar porque tiene la certeza de que en la imagen del agua se produce la creación (“Salta un pez...”), y si toda el agua del mar constituye la plenitud del silencio creador. Afirma el estado de soledad (“Todo el mar es soledad”) porque es un cuerpo herido por el anhelo de lo que nace de ella. En soledad, todo es pulsación del sueño creador, vida de la nada, cuerpo completo de su imagen en el cielo, es decir, en la soledad se transparenta la vida total del cielo. De este modo, tal es el amor a la luz que la soledad hunde la tarde en esta luz, y el tiempo confundido imagina la tarde como presencia del día cuando no es más que tránsito hacia el olvido. El tiempo entra a experimentar el tránsito y cae donde el agua lo espera: en el hueco amoroso del cielo. Sólo queda la imagen suspendida del agua (“¿Dónde está el agua?... / ¿Sueña?...”). El agua está en su lecho desnuda, brotando de ella misma, derramando su belleza sobre su cuerpo.

Ahora, el cielo y el mar conforman el cuerpo oscuro de la noche. En el límite de este cuerpo oscuro existe la posibilidad de la luz y en su centro se halla la herida del deseo de ser atravesado por esta luz, pero ¿qué cuerpo traspasa si es ausencia? La ausencia es el cuerpo de lo que nunca llegará a ser.

Por otro lado, el agua llega, espera, se retira y aguarda; se ondula en el aire, entrega su imagen y se purifica en la noche. Se transforma en visión oscura, en pupila abierta a las imágenes o reflejos de la luz, y en sus delirios se muestra herida por lo que le falta para llegar a completarse (Recordemos la esperanza del poeta: “¡Corazón / rema!”)... Y cuando ya ha logrado ser la mitad de ser (“media estancia de imagen, / media ausencia del mundo”) todavía tiene que seguir “remando”, porque, pa-

ra Prados, el poeta va haciéndose o completándose a través de la poesía. Este “hacerse” o buscar la unidad con todo lo creado se realiza en fuga. Huye de toda “solidificación” y repite las cabriolas de las maravillas de su misterio entre sus reflejos.

Mientras, la noche es un cuerpo ciego y desnudo que busca conocerse. Por eso, abre sus sentidos vacíos y se hunde en sí misma. Es multiplicidad en la unidad de su cuerpo ciego. Ascende a una dimensión ilimitada que palpa y, alucinada, se mira hacia dentro de sombra en sombra. Se hace carne y se desencarna, se derrama y palpita entera en ella. Su canto es la forma del silencio y nace de éste la forma del canto más cóncava e intangible, en pulsaciones de sí misma en el centro abierto que desanda. Y esto “¿para quién?” Nadie la habita, y la luna certifica su desnudez que “la cruza y la traspasa”. La noche huele a eternidad (“-Pero...¿este olor!...”). El agua iluminada se yergue y la sombra se deshace en fragmentos iluminados.

En esta pasión por la sombra, permanece la ausencia en la noche (“¿Y aún está la noche abierta?...”). El cielo hunde su luz en el mar. La noche y el tiempo caminan juntos por el mar... y permanece la ausencia. El agua continúa su camino y la luna está olvidada en el cielo del mar. Y todo vuelve a lo que fue en el principio. Para Prados no existe la muerte, sino a modo de tránsito entre dos formas de vida, es decir, después de cada muerte viene el nacimiento y, por este movimiento creador continuo, el agua volverá a su fuente “que nunca ha de ver”, porque brota del ser mismo.

Esta unidad alcanzada con todo el universo y lo creado es la manera de conocerse individualmente como un ser en comunión con la naturaleza y el camino para crecer en el ser que la fecunda.

En este sentido, la noche con su pena se detiene en los límites de sí misma que ha proferido un grito que es imagen de su “culpa”. Pretende que el misterio clarifique la culpa. Y cuando el pensamiento es olvido, la noche fugitiva penetra por todas las filtraciones y queda reducida a “hálito de huella”. Fugitiva y sin saber cómo entra en la última estancia del silencio.

Todavía el agua lleva en sí la pena o el dolor de carecer de lo eterno... Este dolor, en la noche oscura, es la semilla de la carne de la noche, que hoy es llanto y desconocimiento a la vez que olvido creador. Mientras, abajo, el día derrama su luz sobre la oscuridad que lo inunda todo. “¿Quién salvará a la sombra / y al agua en que se muere?” No hay revelación del misterio, pero la ausencia es la esperanza del cielo.

Efectivamente, a esta ausencia, llega el cielo, de repente, y el cuerpo del agua alza su luz para verlo. El cielo se hunde en el agua con toda la luz y la noche busca el alba. La muerte se despierta y su luz celeste se esconde en la manifestación poética (“en su caracol de espuma”).

Por fin, la noche y el agua son latidos fugitivos que van a transformarse en el amanecer. Ambas sostienen el proceso del cambio: se ayudan, se apoyan y ya maduras... se entregan a la luz, “abiertas en ausencias, / en gloria,” y transfiguradas se pierden en el día, mientras la luz entra en el cielo, el sueño celeste abre su potencialidad y el amor, su vuelo. La sombra no resiste la luz del instante, que se clava como un dardo en ella, y ésta muestra su luz, a borbotones, por la herida del dardo. El calor de su luz se manifiesta en la hermosura del alba que llega y ésta recoge el cuerpo de luz del tiempo indistinto de final o inicio (“¿Es el tiempo que empieza / o es

el tiempo que acaba?...”). Al fin, el amanecer marca el tiempo de la pasión del amor... y en el cielo, todo es alma que sueña.

En ese momento indistinto, antes del amanecer, la noche se levanta del agua para mirar al sol: la luz del amanecer entró en la concavidad del cielo. Una luz velaba el misterio que se desvanecía. El poeta reclama la eternidad de este tiempo de luz en el que el misterio se manifiesta. El tiempo se desnudaba hasta ser olvido de sí mismo y el mundo se olvidó de él.

Y el tiempo quedó pensando  
que, de tanto en él pensar,  
sin él se estaba quedando...

Luego se durmió en el mar  
y el mundo lo fue olvidando.

Hasta aquí, el poeta ha experimentado su vivencia del tiempo hasta ser olvido del mismo.

En *Memoria de poesía* (1926-1927), después de esta experiencia del cuerpo de la noche y ya en el olvido, se produce un nuevo nacimiento entre lo inorgánico y lo orgánico. Nace la imagen de la unidad inseparable del alma y del cuerpo. Por fin, llega el amor y con él el desdoblamiento del poeta. El poeta no puede verla, pero sí sentirla. Se trata de una “presente ausencia”, que la siente descender desde su luz como una fuerza celeste de realización poética. A través de esta luz o espacio de la presencia de la amada, se experimenta la armonía y belleza del universo. Pero la intensidad de esta luz es tal que ciega al poeta y le impide contemplar la belleza de su amada. Por esto, prefiere la noche, en cuyas estancias deshabitadas puede manifestarse o ver al tú.

En este sentido, la soledad se ofrece como estancia del amor o del tú, ella es el mundo por conocer y en el centro de éste se revela el tú como silencio. La noche de lo eterno llama a un nuevo amor que retiene a los amantes. El amante abandona el exterior (“Deja el sol; deja el cuerpo, ya vendrán otras albas...”) y se zambulle en el sueño de lo eterno que es el lugar de encuentro con el tú.

El poeta está afligido porque no puede expresar la totalidad de la sombra del conocimiento. Todo lo que está por decir sobrepasa su mirada. Para nombrar la vida total, se sitúa en el vacío, en la transparencia del nombre o en la fuente de los nombres. Recurre al símbolo del “agua” como fuente de la Vida, el fundamento de todos los elementos naturales, que se infiltra por todos los recovecos del mundo. Todo vive en el agua y por el agua que contiene. El absoluto fluye en todo en diversos grados y a través de la desnudez se va adquiriendo la certeza del misterio que encierra el absoluto. De este modo, todo en el universo está vivo, porque pertenece al alma o ser del universo, que es la fuente de la creación o de los nombres. Prados ha ido construyéndose en su nombre, a la vez que ha ido naciendo en distintos cuerpos o fases.

Estamos en el agua:  
¡en el sueño del alma!  
¡en el alma del alma!  
¡en la carne del alma!

En el poemario *Cuerpo perseguido* (1927-1928) el poeta pretende rescatar la memoria del olvido que contiene la memoria de lo que fue. Se siente vivo en la medida que es olvido (“Yo me he perdido porque siento / que no estoy sino cuando me olvido”). Es consciente de que tiene un cuerpo opaco y de que hay un niño dentro de él que es expresión de su verdadero ser interior, que nivela los dos ámbitos, el del mundo y el del sueño.

Cuando suspira en la noche por conocer su verdadero ser, sueña con que emerge del fondo de la luz, que habita su cuerpo y que nace de él. Ahora el poeta sólo tiene la imagen de lo que fue, la del niño, con la que sueña y experimenta el olvido que terminará cuando muera. En este olvido, ya experimentó el sueño del mundo interior en el que quedó disuelto, invisible, desnudo y ciego. Este cuerpo invisible se llenó de luz y se transformó en espejo o cristal. A través del espejo, el poeta quiere retornar a los lugares por donde ya anduvo con su verdadero ser, en los que, ahora, no sabe si estuvo o va a estar o ya está. De este modo, sin cuerpo, ahora atraviesa su nada o todo. Quiere alcanzar su principio o logos (“Quisiera hallar mi ley”).

En el actual estado de olvido, se siente perseguido por una mano o cuerpo. Ignora si ésta trata de absorber su luz, de atravesarlo, cruzarlo o resbalar en los espejos de su cuerpo transparente. No sabe cómo “ha nacido” esta luz en el “crespúsculo”; ni si su cuerpo enciende el “dintel” en el sueño porque busca su puertas y no las encuentra. Todo lo cruza en una sola sombra. Desconoce si es un sonámbulo o si está a punto de nacer de su mano; si el mundo vivirá, precisamente, en la ausencia del mundo, si la luz absorbe su carne y si la aurora, la fuente o la nostalgia constituyen su cuerpo, su soledad o la nada en su mano.

Ya no sé si la aurora,  
la fuente o la tristeza  
son mi cuerpo en mi mano,  
mi soledad o el agua.

En la noche abierta, la luz se derramó en el cuerpo o espejo de la nada y la luz inmemorial flotaba en el cielo. La soledad consumió lo vivido y en su vacío se confundieron el cuerpo, el sueño y el espejo. La oquedad de la mano se hundió, el silencio se articuló, reinó la ausencia en la quietud de la fuentes y en ella brotó el olvido de lo sido.

Esta presencia del otro o del tú le refresca la memoria de lo que fue (“Tu mano me abanica lejos por la memoria”) y huyendo del tú, sueña que le persigue (“y, huyendo de tu cuerpo, / sueño que te persigo...”). El poeta desconoce cuál es su estado (“Ya no sé si es que cierro los ojos / o es que estoy silencioso a tu lado”).

En la nada o primera soledad contempla su imagen y en la segunda soledad, su verdadero cuerpo. La segunda soledad le sorprende porque se le ha revelado como una “forma humana” no visible. El ser se halla en su mano y la voz infantil puede encarnarlo en pájaro. Su nombre o su corporeidad está fuera del tiempo: “¡Todo está ya cumplido!”

El yo desnudo se sumerge más hacia su interior para hallar “el borde” de su huida, desconociendo si huye de sí mismo si flota en el silencio inmemorial o si anda perdido en el sueño. Se declara romántico en las huidas hacia lugares abandonados

o perdidos. Sabe que sueña porque el sueño es su figura. Fuera del sueño le queda la ausencia en la que él sería una imagen de sí mismo en fuga.

El alma se ha abandonado en el sueño y su oquedad vela la nada. La mano solitaria penetró hasta el silencio, el corazón se iluminó y la sombra se hizo inminencia. El ser del agua se manifestó y cuando el agua se fue, la presencia permaneció en la visión (“el pez siguió nadando”).

Las dos realidades exterior e interior (“¿Quién copia el corazón fuera?”) constituyen la realidad universal del ser en cuya sombra (“¿Quién copió la noche dentro?...”) persiste la presencia inagotable del ser.

Ahora, la memoria en esta sombra se convierte en espejo para que el presente se visione. El pájaro descendió a la visión y anidó en lo que allí se revelaba. Después el alma se hizo espejo de la visión y hubo dos nacimientos. En el primero encontró el cuerpo y en el segundo, la nada. La fuga absorbió al cuerpo y quedó la ausencia en el alma como oquedad infinitamente abierta para recibir la nueva presencia. El viento, el agua y el cielo como espejos descienden a la noche en cuyo centro vacío se vislumbra el misterio.

La imagen cristalina del yo poemático se halla frente a la del universo y entre ellas el silencio. En este estado incondicionado se produce la poesía: la luz, la voz, la forma y la escucha. El universo es una extensión ilimitada y vacía que habita el corazón del poeta. Ambos son dimensiones desnudas, ciegas y sin nombre en las que se produce la escucha del silencio. El yo poemático se sumerge más en su interior y llega a ser la estancia completa de sí mismo. En ella, repentinamente, el ser se le escapa, huye por las fuentes cuyas luces encienden esta alta morada en la que se revela el silencio, y los límites de la muerte se abren. La visión de su reino se le escapa, se consume, se acelera y en la luz se vierten formas puras. Todo va por el viento, asciende, salta a la luz y desaparece en el agua o en la nada de la que retornan formas puras y transparentes. Es un renacer o despertar diamantino. El poeta quiere sujetar su cuerpo, que ha sido lugar de manifestación de esta “alba rápida”, retener su reino, pero su anhelo lo arrastra, lo hiere y fragmenta. El alba va perdiéndose y “Ligero, el mundo amanece”.

Así como, ahora, el tú se va perdiendo en la visión, adentrándose en su memoria y hundiéndose en su sueño; de este modo, algún día, se irá perdiendo también en la visión y saldrá hacia otro sueño del que emergerá como “un aura”. El cuerpo refulgirá en el sueño y la sombra quedará abajo, aprisionada en el cuerpo, igual que, ahora, al perderse queda sobre el tú. El alma será un espejo que irá encendiendo el interior, y, fuera, cuando el yo esté desnudo como el aire será el espejo de la vida eterna. Como ahora, el tú se irá perdiendo para siempre y se encontrará pleno en su silencio. El cuerpo del tú, aún sin nacer o sin cuerpo, será enviado a la tierra, y allí constituirá la sombra de la que nacerá el mundo; pero el tú seguirá latiendo en el poeta e incitándolo a ser una sola alma de las dos imágenes. Al fin, el cuerpo del yo poemático es recuerdo en el tú del doble son de su alma.

El poeta quiere poseerse o poseer el cuerpo radiante del tú para participar de su invisibilidad y de su forma iluminante. El tú es el sueño puro iluminado que ocupa el centro de la estancia de amor y el poeta irá habitándolo hasta ser el centro iluminado de esta estancia de amor, que el tú enciende.

Por otro lado, la noche se va desnudando de sí misma y engendra un nuevo espacio de sueños creadores que abandona por una mayor desnudez y quietud. En ella, retorna el día con sus nuevos límites y la luz busca un espejo en el que reflejarse, pero el cuerpo no halla sosiego... Su corazón con su deseo de ser imagen de su yo verdadero se hunde en el olvido y la palabra desnuda alumbró el centro de la estancia en el que se yergue el rostro del tú ciego y mudo. El yo poemático, que es un trazo oscuro que marca la altura y la profundidad en el olvido, se disuelve por la inaprehensibilidad de los sentidos. De esta experiencia queda el rostro vacío del tú como testimonio en el que se transparenta el cosmos, el cuerpo o pensamiento. El tú se hace presencia en la sombra (“perfil”) y su rostro navega en el olvido. El cuerpo flota en la música y el silencio sujeta su potencialidad creadora que se fragmenta. Al fin, el yo poemático vuela libre del mundo.

El silencio busca iluminar al tú y se hunde en los ojos. La sangre pretende llevar al tú al sueño, pero el silencio se encarna en el cuerpo del tú e ilumina su carne o cristal hueco. Sobre esta luz, el alba pregunta por el cuerpo... Sin cuerpo, el día entre las manos se apaga. No hay nada ni autor ni destino, sólo movimiento. La fecha cruza el cielo o el corazón indistinto del tú o del yo. De este cielo abierto a la nada, emerge la imagen de cada uno (“Te llamé. Me llamaste. / Brotamos como ríos”), pero no pueden habitarlas por el enorme abismo que hay entre ellos (“Entre nuestros dos cuerpos, / ¡qué inolvidable abismo!”).

Para Prados el amor y la muerte son dos formas de huida o de alcanzar la unidad del ser total y, por tanto, de sobrevivir o de renovarse. El yo poemático tiende hacia el cielo y la muerte no es impedimento sino un paso necesario para la renovación o para el nuevo nacimiento.

El yo poemático desconoce si su memoria es o fue bajo el tiempo; o si va a nacer del amor del tú en el cielo. Desconoce quién yergue su presencia en la luz, porque él mismo crea con dificultad la luz sobre los límites. Ignora si su figura está en el perfil del tú o si es aire y el tú es su centro; si su vuelo atravesó la carnalidad del tú, porque en el sueño, la ausencia del tú todavía no manifiesta la forma del yo poemático; si el yo poemático es la totalidad o la nada y si la habita o si es su reflejo. El poeta experimenta las auroras vacías y en este sentido, goza de la visión abierta en el silencio en cuya ausencia arde el decir oscuro. En la quietud del atardecer, se transparenta el cuerpo y brota de él un río cuyos cauces desnudos tejen su cuerpo lumínico. De este cuerpo nacen los ojos como dos inmensas soledades, pero “¿Hasta qué espacio, mis ojos / han de llegar por buscarte?”.

Además del amor, otra forma de acceso al tú es la muerte. Prados plantea dos tipos de muerte, que significan cambio de estado, transformación o nacimiento del yo poemático. La primera se sitúa fuera del tiempo y la segunda dentro del tiempo cronológico en el que se disuelve el yo personal para acceder al ser interior, al yo eterno. La primera muerte es un modo de crecer o de engendrarse en el ser verdadero: se iniciaría en el sueño y desde él subiría al viento y se extasiaría en la noche; su cuerpo como sombra ascendería hasta la cumbre y allí volvería a extasiarse en el centro del viento. Allí, la noche transparente cercaría su cuerpo acristalado. La segunda muerte hunde el cuerpo mortal en la sordera del tiempo cronológico. El cuerpo se corromperá y se sostendrá hasta que el límite se deshaga y libre de este cuerpo,

recuerdo del paso del tiempo, retornará al árbol interior celeste. El silencio se manifestará a la vez que el cuerpo material del poeta se deshará y la luz lo transformará en pájaro y en árbol eterno.

Por otro lado, el árbol renovado de su interior se transparenta en el agua, y la fuga del tú enciende el rumor en la brisa. Y en la ausencia del agua, ésta se ofrece como un dios. Las manos quieren asir los fragmentos puros del silencio. En la transparencia del agua se producen las nupcias o la unión del agua y el dios, y todo retorna a su lecho u origen. El yo poemático o el alma quiere contemplar su verdadero cuerpo a la luz del día, un cuerpo carente de todo:

ni tú ni yo, ya sin sangre  
o en ti o en mí ya sin reino

Este cuerpo libre lo va a contemplar al amanecer en el que ambos son vuelos suspendidos del cielo, perfiles que flotan en la luz de mediodía, libres de todo, sin cuerpo. El poeta como sangre va penetrando al tú hasta poseerlo y de este modo se transforma en un ser libre y abierto al universo poético del tú. Empuja al tú a revelarse, y su luz ardiendo se hace rumor en las manos del poeta, que atraviesa el silencio del tú, a la vez que va poseyendo a Dios en el centro del cuerpo del tú. Después de esta posesión divina, el tú y el yo son pájaros iluminados que sueñan, juegan y vuelan libres. Ahora, cuando el poeta busca el reposo en el tú, éste le proyecta una sombra de luz primera u originaria. De esta manera descubre el último escalón o primera luz originaria alcanzada (“la última flor de mi árbol”) en la escala de su ascensión hacia el tú. Siendo ambos, ya, pájaros pueden cambiar el “rumbo del sueño” y ascender a las aguas de la inmortalidad.

Ambos amantes comparten el mismo sueño: el alma habita el propio sueño a través del sueño del tú y habita el cuerpo del tú a través de su cuerpo. Ahora, el poeta persigue la encarnación de la totalidad del mundo poético del tú. El cuerpo del poeta y del universo constituyen la infinitud del nombre. Todo es abismo (“¿Es tu cuerpo este abismo?”). La voz del poeta iluminada huye por la palabra o la encarnación del tú y revela la plenitud del silencio en su huida: “monte, luz, aire...”. En el sueño, el tú es una conexión del cielo que sujeta, eleva y arrebató al poeta al interior de sí mismo, pero ¿adónde lo lleva? si ya es “eternidad latiendo” y, por lo tanto, árbol y cielo, unidad que conforma el ser total.

Ahora el poeta festeja este salto “de mundo a mundo” y se sitúa en el lugar del canto, de la inspiración o del trance, de la manifestación del silencio, del olvido, de la huida, del sueño, del amor donde se escucha el murmullo del “Espacio” y del temblor que deja la presencia del ángel en su fuga. El amor o fuerza realizadora atraviesa el abismo del decir y agita la potencialidad del fondo desandando o volviendo todo a su nada u origen. El cielo vacío y oscuro, ausencia del tú, busca los ojos del poeta donde hacerse presencia y el yo poemático, solitario busca el cielo donde el tú se hace presencia por la carne del poeta. Por fin, el cuerpo inmortal del yo se hace presencia en los ojos, es decir, se ve a sí mismo, su verdadero cuerpo celeste. Ahora ya no hace falta sostener el cuerpo porque todo ya es el cielo (“¡Asómate!”). El cuerpo del poeta está siendo arrebatado a la profundidad de la memoria. Éste huyó desde un sueño y salió del tiempo en el que andaba (“¿Un siglo?... / ¿Dos?...”) pa-

ra entrar en el espacio atemporal de la aurora que transparenta el hueco o vientre de la amada en el agua.

El poeta vivencia el descenso del tú como una fuente de amor ardiendo y se da la unión en el centro del cuerpo que arde. A pesar de la certeza del tránsito de un cuerpo en otro, el poeta se sale de sí mismo, se libera y se aleja de la amada para que ésta busque nueva prisión para su cuerpo. La plenitud del cuerpo busca donde alumbrarse. Todo es soledad y vacío en este estado de contemplación (“Sobre mi frente errante / Tus dos manos difuntas”). El tú devuelve al poeta a la potencialidad infinita del silencio inefable donde establece nuevos vínculos que no son sino formas de huida.

Si en la imagen que posee ahora hubiera encerrado su cuerpo en la luz, como el recuerdo se va solidificando en la memoria, la carne del poeta se iría cuajando “de nuevo” en esta imagen reencontrada (“en mi cuerpo hallado”) y en él resucitaría igual que Lázaro. El cuerpo desvelaría la eternidad, hecha luz. Sin embargo, ahora, abatido y sin vida, vuelve a buscar su luz o imagen luminosa. Sin fe, sin centro, sin amor y sin sueño vuelve otra vez humillado... Esta ausencia impidió que se desvelase el poder de su mano. Siente el dolor oscuro de su cuerpo sin resucitar y todo se halla en el olvido. El alma, llena de fe, “mira al ojo” y la memoria salvada entra a vivir el sueño del olvido.

El poeta, en el centro borrado, huye de todo aquello que le pueda atrapar (“a mi papel escapo”). Se escapa sin nombres, sin memoria, sin pluma, fuera del tiempo, sin rostro... Libres sus sentidos manan como fuentes en el sueño y separado del mundo, abandona su sombra y se abre a la luz... Su corazón sueña libre en el cielo, al mismo tiempo que el cuerpo del poeta es ya tejido lingüístico naciente. El silencio busca la forma o el cuerpo donde encarnarse. Desconoce si la nada empieza en los límites del tú o en el sueño. Cae el velo del silencio intocable, y para ver ha de mirar a través del espejo de su cuerpo. El pensamiento poético se hunde en la sangre y nace de ella el cuerpo del tú.

Si la amada llamara, ahora, al poeta, éste correría hacia ella, porque todavía el amor enciende su cuerpo o memoria del olvido. Ahora, sin imagen de sí mismo está desorientado y ciego. Hasta la luna, el pulso y la piedra en los que pudiera reconocerse están ciegos. Pero dentro del poeta aletea la presencia para la que el espacio es una prisión. Si el tú le llamara se abriría a ella de un grito y de un salto nacería en su estancia. Pero enseguida llega la desesperanza. En la sombra de la nada se halla el rostro que espera la mano que lo libere, sólo espera la luz que sepa iluminarlo. Al fin, el nuevo ser emerge de la noche: el misterio, el silencio, la luz y la revelación. Todo esto constituye el sueño de la noche cuyo nuevo ser o pájaro atraviesa al tú.

## Bibliografía

- HERNÁNDEZ, PATRICIO, *Emilio Prados: la memoria del olvido*, I, II, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1988.
- , “Emilio Prados”, *Poetas del 27 La generación y su entorno*, Espasa Calpe, Madrid, 1998, pp. 481-508.
- , “Ausencia luminosa”, *Litoral*, núms. 186-187, Málaga, 1990.
- , “Emilio Prados (1899-1999) la palabra transfigurada”, *Ínsula*, núm.628, 1999, pp.1, 33-36.
- MORRIS, C.B., *El surrealismo y España (1920-1936)*, Espasa-Calpe, Madrid, 2000.
- SUÑÉ, GEMMA, “El presente infinito de Emilio Prados”, *Ínsula*, núm. 628, pp. 31-33.

### RESUMEN

Prados trata de recuperar el cuerpo iluminado, aquel que está continuamente naciendo, que ha entrevisto durante un instante y que le espolea. Este deseo le lleva a explorar la noche donde se halla la unidad de la doble imagen: la de la imagen real y la del reflejo. A través del amor y de la muerte obtendrá señales o reflejos de este cuerpo especular de su ser trascendente.

### ABSTRACT

Prados tries to recover the illuminated substance which is continuously renewing itself of which he had got a momentary glimpse of and which spurs him on. This desire makes him to explore the night which holds the unity of the double image: the read one and the reflected one. Through the love and the death he will obtain signals or reflections of this speculative substance of his transcendental being